[Otra edición: *Las colonizaciones púnica y griega en la Península Ibérica*, Madrid, Tirada aparte del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, 1954, 30 pág. + 6 figuras y 20 lám. Versión digital por cortesía de los herederos del autor, con la paginación original y sin las láminas].
© Herederos de Antonio García y Bellido
© De esta versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Las colonizaciones púnica y griega en la Península Ibérica

Antonio García y Bellido

[-5→]

Cuatro fueron los pueblos históricos que, de un modo o de otro, con mayor o menor intensidad, actuaron durante la Edad Antigua como colonos de la antigua Hispania, de la Península Ibérica. Los púnicos (entendiendo por tales tanto a los fenicios como a los carthagineses), los griegos, los etruscos y los romanos. Los únicos que dejaron huella profunda e indeleble, los únicos que llegaron a transformar radicalmente las preexistentes condiciones culturales, económicas y espirituales en que tradicional mente vivían los pueblos indígenas, fueron —bien se sabe— los romanos. Su presencia fue tan decisiva que se explica sin es fuerzo el hecho de que al hablar de colonizaciones tácitamente se prescinda de la romana, dejando este aspecto como propio de los otros pueblos cuyo influjo, con no ser pequeño ni despreciable, fue si, desde luego, mucho más superficial y desde luego efímero. Si tratásemos de valorar el influjo ejercido por los pueblos propiamente colonizadores, es posible que hubiéramos de conceder a los púnicos una primacía sobre los griegos y, sin duda, reducir al mínimo la aportación etrusca, la cual no llegó a ser sino un simple contacto de vecindad y en casos una ganga que nos vino con la conquista romana de los siglos II-I antes de J. C.

Sobre las colonizaciones de púnicos y griegos estamos informados no sólo por los textos antiguos sino también por hallazgos arqueológicos. Estos nos han proporcionado multitud de objetos menores, pero además incluso ciudades y cementerios. Según los textos —y prescindiendo ahora de aquéllos que nos hablan de contactos tempranos con las culturas del Egeo— los primeros en llegar a España fueron los fenicios, quienes poco antes del año 1101 a. J. C. fundaron sobre una isla cercana a la desembocadura del Guadalquivir, al otro lado de las Columnas de [-5→6-] Hércules, ya en las orillas atlánticas, la factoría de *Gádir* (actual Cádiz), sin duda con los ojos puestos en el emporio metalífero de *Tartessós*, al que llegaba el estaño del N.O. de la Península y también el oriundo de la Bretaña y Cornualles. Cerca, en lo que hoy es Huelva, tenían, además, riquísimas minas de cobre (actuales minas de Río Tinto) que aleado con el estaño producía, como es sabido, el preciado bronce, que ha dado nombre a la época en que la fundación de *Gádir* tuvo lugar. Parece ser que la ya aludida ciudad de *Tartessós*, cuya ubicación desgraciadamente ignoramos todavía, estaba cerca de *Gádir* (se decía en la Antigüedad que *Tartessós* y *Gádir* fueron una misma cosa); en todo caso debió alzarse en la desembocadura de un gran río que se tiene con mucha probabilidad como el Guadalquivir (antiguo *Baetis*). Los textos nos dicen que *Tartessós* era ya desde muy antiguo —desde tiempos anteriores a la llegada de los púnicos— el centro o depósito principal de todos aquellos minerales que, como el cobre y el estaño, eran entonces imprescindibles. Las condiciones marineras de sus ciudadanos (que luego habían de heredar los de *Gádir* y, andando los siglos, los nautas que descubrieron y exploraron América y las islas del

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Pacífico) eran realmente extraordinarias. Allí con las flotas marina y fluvial de los tartessios se llevaba el mineral, adonde —por lo menos durante la fundación de *Gádir*— irían a recogerlo las naves fenicias para negociar con él en el Mediterráneo Oriental (textos bíblicos), privado virtualmente de este imprescindible mineral.

Mas no eran sólo el cobre de la región cercana ni el estaño de las lejanas islas (las que después habían de llamar los griegos por ello Kassiterídes) los únicos minerales que explotaron los fenicios en España. De ella sacaban también mucha plata, plomo en abundancia, oro y otros metales ricos o miles de que tan pródigas son las tierras del mediodía de España. Ello aparte de la explotación de las riquezas del mar, que suministraba pesca abundante para fabricar las salazones, y de los productos agrícolas de alguna colonia que pudiera haber establecido en los valles costeros o en el interior, en las ubérrimas llanuras del Guadalquivir o del Guadiaro.

Esto es lo que se desprende, a grandes rasgos, de los textos llegados a nosotros. Pero la arqueología no ha logrado aún constatar la presencia de los fenicios en la fecha antes aludida de **[-6→7-]** 1101. En ello se basan los que, escépticos acaso en demasía, rechazan por excesivamente temprana la data trasmitida por los escritores antiguos. Los más, sin embargo, aceptan su verosimilitud y, sin hacer demasiado hincapié en la exactitud de ella, admiten como muy posible la más vaga, y por tanto más prudente del año 1000. La carencia de datos arqueológicos seguros (¿Qué era lo específicamente fenicio en aquella época?) no es argumento en contra de la verosimilitud de la noticia.

No mucho después, hacia los siglos IX y VIII antes de J. C., pudieron acaso interesarse por estos mismos negocios los griegos, quienes mediado el siglo VIII, o poco después, comienzan a frecuentar las costas españolas, llegando, según los mismos textos, hasta las Baleares e incluso a *Tartessós*, lo que quiere decir que habían traspasado las Columnas de Hércules, el Estrecho de Gibraltar, Pero tanto los comerciantes púnicos como los helenos tardaron aún mucho en establecer una verdadera red colonial de emporios comerciales en la Península. El 654 antes de J. C., los fenicios de Carthago, con el fin de tener un refugio para sus naves pesqueras y un lugar de preparación de salazones, se establecen en *Ebyssos* (actual isla de Ibiza), en el grupo de las Baleares. Esta isla parece estaba por entonces desierta. En fecha indeterminada, pero por lo que parece no anterior al año 500 (pese a lo que se ha solido creer), fundaron *Málaka* (Málaga), *Sexi* (Almuñécar) en la costa de Granada, y *Abdera* (Adra), cerca de Almería, estableciendo factorías en otros lugares de la Andalucía atlántica y del Algarve y corriéndose por el Marruecos atlántico, donde, al parecer, tenían de mucho antes la vieja colonia de *Lixus*, cerca de Larache. Estas factorías eran sobre todo pesqueras y conserveras pues, como ya adelantamos, a más del comercio de metales, los fenicios, y aún más los carthagineses, sus sucesores, se dedicaron con intensidad a la pesca y a la conserva de pencado, fabricando aquellas alabadas salazones, el garum, sacado principalmente del atún y del escombro, con cuyos escabeches hacían —lo dicen los textos griegos— pingües negocios en todo el Mediterráneo, llegando hasta la Athenas del siglo V y IV a. de J. C. Todas las factorías citadas tenían salinas importantes en sus cercanías más próximas y no son raros los restos de talleres de salazón descubiertos en toda la cuenca del mediodía peninsular, desde la desembocadura del Tajo hasta Cartagena, y en la misma **[-7→8-]** Ibiza, por supuesto. Las conservas de pescado españolas continuaron gozando de excepcional fama durante la época imperial romana, compitiendo con las mejores salsas de pescado del Mediterráneo. El atún y el arroaz figuran en las monedas púnicas de *Gádir*, *Abdera*, *Sexi y Salacia* como emblemas alusivos, no faltando tampoco los peces en acuñaciones de varias otras poblaciones meridionales, como *Olont*, *Asido*, *Cerit*, *Lastigi*, *Ilipa*, *Ilse*,

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Caura, *Myrtilis*, *Ossónoba*, *Carteia*, algunas de las cuales albergaron de cierto colonias púnicas conviviendo con los indígenas que de antiguo eran también diestros pescadores. También tuvo importancia la obtención y exportación de productos agrícolas y el cultivo de plantas útiles, como el esparto, indispensable para jarcias de navíos y del cual había extensas plantaciones en las proximidades de Cartagena (*Campus* Spartarius, *Carthago spartaria*). La cría del múrex para la obtención de la púrpura es también mencionada en los textos clásicos. Y no se olvide que de la Península sacaron los carthagineses en todo tiempo las mejores tropas mercenarias que sirvieron en sus ejércitos metropolitanos y coloniales. Desde el silgo VI a. de J. C,. hasta fines del siglo III actuaron miles y miles de españoles en las más decisivas acciones históricas del Mediterráneo Occidental. En Cerdeña, en Sicilia (*Sirákoussai*, *Selinoús*, *Akrágas*, *Himera*, *Gela*, *Kamarina*, *Pánormos*, etc.), en Grecia (*Pelopónessos*, batalla de *Leuktra*), en el N. de África (*Carthago*, Orán), en las empresas de Hannibal por el S. de Francia y la Península Italiana (cruce del *Rhodano*. paso de los Alpes, batallas de *Tessino*, *Trebia*, *Trasimeno*, pantanos de Etruria, *Cannae* —aquí la intervención de la caballería ibérica fue decisiva para la victoria hannibálica— *Syrákoussai*, etc.), para figurar todavía al lado de los carthagineses en las batallas de las Grandes Llanuras y de *Zama*, dadas ya ante los muros de la propia *Carthago*, al final de la segunda Guerra Púnica.

En cuanto a los documentos arqueológicos destaquemos antes de nada las dos necrópolis púnicas más importantes del Occidente; la de *Gádir y* la de *Ebyssos*. La primera sita en la lengua de tierra que por el S.E. une a la actual Cádiz con la tierra firme, ocupa una extensa área, sólo en parte explorada, que ha dado gran cantidad de sepulturas datables desde el siglo V a. de J. C. hasta comienzos de la era imperial romana. El nivel púnico, el más inferior, era ya conocido desde siglos **[-8→9-]**

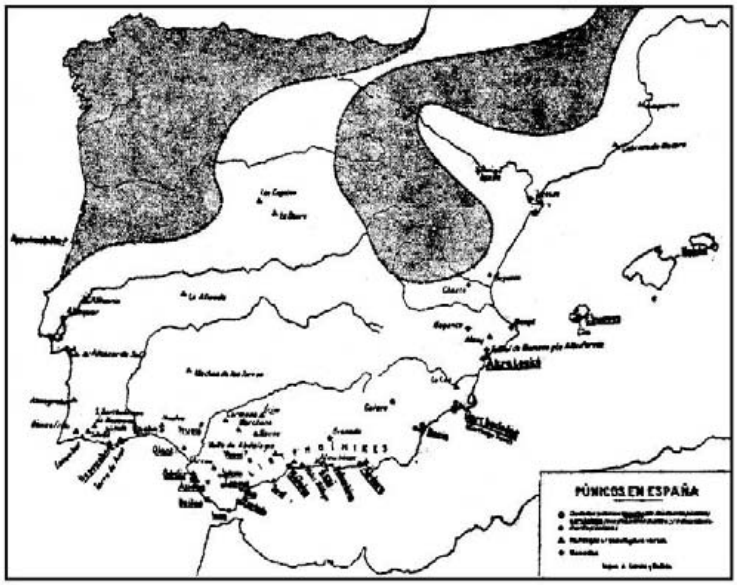

Figura 1

antes porque el mar, al batir la costa, ponía al descubierto con frecuencia enterramientos y ajuares funerarios. Pero las excavaciones regulares no se iniciaron sino con el casual descubrimiento, en 1887 del sarcófago antropoide de Punta de la Vaca. Desde entonces acá se han explorado más de ciento cincuenta sepulcros, de los que han salido ajuares de gran riqueza intrínseca (joyas de oro, adornos, amuletos, etc.). Estos sepulcros son todos

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

del mismo tipo. Consisten en sencillos loculi formados por piedras paralelepípedas, colocadas regularmente cerrando un espacio rectangular que luego era tapado por losas planas y cubierto todo con tierra sobre la que debía hincarse un cipo o estela. El interior estaba enlucido de estuco blanco. Estos enterramientos, aunque construidos en series, a veces superpuestas, eran todos unipersonales. Dentro se colocaba el sarcófago de madera conteniendo el cadáver. Eran, pues, verdaderas cámaras sepulcrales, pese al pequeño espacio que tenían, escasamente el necesario para albergar un ataúd de madera, del que suelen aparecer restos. El más lujoso de estos enterramientos fue el **[-9→10-]** ya aludido de la Punta de la Vaca que contenía el suntuoso sarcófago de mármol que conserva hoy el Museo Arqueológico de la ciudad. Es de estirpe sidonia y debió ser labrado ya en el siglo IV, pese a sus concomitancias estilísticas con el arte griego de hacia el 460. Esta necrópolis coincide con la época de apogeo de Cádiz, que empieza a crecer en el siglo VI para alcanzar su akmé entre el siglo II antes de J. C. y II después de la Era, es decir, en plena época romana. Ello significa que desconocemos la necrópolis primitiva, la de los fundadores. Es de sospechar que ésta se halle en el subsuelo del actual casco urbano. De hecho, en el centro de la ciudad, han aparecido algunos testimonios arqueológicos que acaso sean indicio de ello. La necrópolis de Ibiza (púnica Ebyssos) tiene otro carácter. Está en el cerro cercano a la ciudad, en el llamado Puig des Molins. Todas las sepulturas fueron excavadas en la roca caliza del cerro y muy cercanas unas de otras. Su profundidad es variable, pero oscila entre dos y tres metros. Se descendía a ellas por simples agujeros. En su interior son de planta rectangular, como de tres metros de lado y una altura de unos dos metros y medio. Depositábanse en ellos sarcófagos de piedra, monolíticos, lisos, sin molduras ni adornos. Los hipogeos son generalmente familiares, por lo que daban cabida a varios sarcófagos que, a veces, llegan a seis. No faltan, empero, los unipersonales. En algunos casos, junto a los sarcófagos se depositaron también ánforas y urnas cinerarias, sin duda en época ya romana. En junto la necrópolis de *Ebyssos* debió contener unos tres mil o cuatro mil hipogeos de este tipo. Pero el yacimiento, que fue ya expoliado en su mayor parte en tiempos de los árabes, no parece del todo agotado a pesar de las expoliaciones modernas y de las campañas regulares que se vienen sucediendo desde comienzos de siglo. El ajuar funerario de esta necrópolis es menos rico que en Cádiz, pero mas variado y abundante. Destacan las numerosas figuritas de tierra cocha representando prótomos femeninos, máscaras funerarias, rostros, figuras enteras tanto femeninas como masculinas, etc. (Láms. III y IV). Por su arte, unas son claro reflejo de lo griego o egipcio, otras incluso de lo mesopotámico. Pero su cronología (derivable sólo de su arte) algunas son de época arcaica griega, otras clásicas, otras helenísticas y otras claramente romanas (hay togados). Esta abundante serie de figuritas se guardan hoy en los Museos Arqueológicos de **[-1→11-]** Ibiza, Barcelona, Cau Ferrat, cerca de Sitges (Barcelona), y Madrid. El conjunto del material arqueológico surgido del Puig des Molins denuncia una cosa segura: que los sepelios en ella verificados abarca una amplia etapa que va desde la segunda mitad, del siglo VI antes de J. C. hasta la época imperial romana ya avanzada. Predominan los enterramientos de inhumación (que serian los más antiguos), pero hay también abundancia de los de incineración, sin duda posteriores al siglo IV-III antes de Jesucristo. Esta cronología no se deduce sólo del arte de las figuritas de aspecto griego (únicas susceptibles de ser fechadas por aproximación) sino también por los objetos griegos importados (lékythoi de figuras negras) y los romanos de uso corriente (monedas, cerámica sigillata).

Más lejos de la ciudad, pero siempre en sus cercanías, están otros dos importantes yacimientos, el del Puig d'en Valls y el de la Isla Plana, El primero parece ser que era un

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

poblado en el que se hallaron restos de un templo subterráneo y otro a flor de tierra. El segundo dio gran cantidad de figuritas de barro muy toscas que acaso sean coetáneas de los primeros colonos, aunque su tosquedad se ve idéntica en piezas fechadas en épocas mucho más recientes. En realidad toda la isla de Ibiza es un solo yacimiento arqueológico, pues no hay lugar donde no aparezca o haya aparecido alguna vez cosa púnica o púnico-romana. Debemos destacar, empero, el yacimiento de la Cueva d'es Cuyrams, al N. de la Isla, importante santuario de Tanít que ha dado muchas figuritas de la deidad femenina y una lámina de bronce (hoy en el Museo Arqueológico de Alicante) con inscripción púnica, a ambos lados, una de ellas leída y alusiva a Tanit. La otra, aún por destilar, pero al parecer con la misma advocación.

Los hallazgos sueltos referibles al mundo cultural púnico son muy numerosos sobre todo en la mitad meridional de la Península. Citemos los numerosos de Carmona, consistentes en plaquitas de marfil con grabados, peines, cucharillas, etc., todos objetos de tocador femenino. La figurita alabastrina de una deidad de la fecundidad hallada en una tumba ibérica de Galera (Granada) fechable esta última en los siglos V-IV antes de C. El cinto de oro perteneciente al llamado "tesoro de la Aliseda" (Cáceres), que apareció con collares, pendientes y una diadema. El okiochoe de la ría de **[-11→12-]** Huelva, idéntico al de Carmona. Las joyas, huevos de avestruz pintados, pastillas grabadas, figuritas de barro, restos cerámicos, collares y anforitas de pasta vítrea, polícroma, braseros de bronce (tan corrientes en los hallazgos púnicos de España), hebillas y jarros de bronce, etc., etc., hallados tanto en Ibiza como en Alicante, Villaricos (Almería), Huelva, Málaga, Cádiz, etc., son objetos que en su conjunto no pasan, los más antiguos, del siglo VII, y alcanzan hasta plena época romana. Algunos de estos productos de arte industrial, como las cuentas de pasta vítrea polícroma, son ya tardíos y llegan como pacotilla de intercambio comercial al interior de la Península y aun, remontando el litoral portugués, parece alcanzaron Galicia.

Desde el punto de vista de las informaciones textuales estamos mejor informados aún de la colonización griega que de la púnica. En cambio poseemos más materiales púnicos que griegos, ventaja ésta que pronto se ve de nuevo contrarrestada por el hecho de que el material griego tiene una cronología mucho más precisa que el púnico, por lo general de datas virtualmente imprecisables. Al tratar de la colonización griega hemos de prescindir del período mítico elaborado en época helenística por los mitógrafos y logógrafos creadores de los "nóstoi". Todas sus referencias al paso o estancia en España de héroes como Menélaos. Odysseús, Menestheús, Amphílochos, Anténor, Okéllas, Teúkros, Diomedes y Tlepólemos. del ciclo legendario troyano, son puras elucubraciones sin más punto de apoyo en la realidad que algunas resonancias u homofonías tópicas o antroponímicas alegremente interpretadas por escritores tan irresponsables como ingenuos. Más razón histórica tiene, en camino, pensar en el Mediterráneo oriental, en las culturas del Egeo prehelénico, cuando se ve la magnífica y espléndida floración que tuvo en España y Portugal la cultura dolménica creadora de los numerosos dólmenes de cúpula falsa y pasillo de acceso que tantas similitudes muestran en plantas y alzados con los riel tipo micénico, cuyo paradigma es la cámara llamada de Atreús. No es posible resistirse a ver en estas concomitancias algo más que una mera casualidad y si, como parece, es posible establecer también un nexo de ambiente y cronología entre ambas creaciones extremas del Mediterráneo, tendríamos que admitir una muy estrecha relación cultural, y quién sabe si también sanguínea, entre las poblaciones del mediodía de la **[-12→13-]** Península y las costas egeas hacia las postrimerías del segundo milenio antes de J. C.

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Pero dejemos estas suposiciones —que aunque fundadas no dan pie para más— y vayamos a los textos de carácter histórico. Por ellos sabemos que tras un largo período (siglos IX-VIII) de descubrimientos, exploraciones y tanteos con el fin de abrirse nuevos mercados en el Occidente (fase en la que debieron destacar, entre otros, los chalkidios y los rhodios) los griegos históricos entraron en una etapa nueva de fundaciones coloniales firmes y estables, datables ya hacia mediados del siglo VIII. Sicilia y el Sur de Italia fueron las piedras de vado de que se sirvieron los navegantes griegos para dar el último salto y establecerse también en España. Hay ciertos restos toponímicos de aquella primera etapa que resultan curiosísimos y constituyen algo así como verdaderos fósiles. Se trata de una serie de nombres terminados en *-oussa*, o *-oussai* (fig. 2) que marcan precisamente el paso de aquellos primeros nautas mikrasiáticos: dejando aparte los nombres suditálicos y sicilianos (como *Algoussa*, *Lopadoussa*, *Oinoussa*, *Syrákoussai*, *Aigoussai*, *Pithékoussa*, *Seirenoussa*, *Anthemoussa*, *Phoinikoussa* y citemos a *Ichonoussa*, que fue un primer nombre de Cerdeña; a *Meloussa*, que lo fue de Menorca (?): *Kromyoussa*, de Mallorca (?); *Pityoussa*, de Ibiza; *Ophioussa*, de Formentera; *Oinousa*, de una ciudad sita acaso donde luego Cartagena; un *Pityousses Akra* debió ser el Cabo de Gata, en Almería; y al otro lado del Estrecho citemos los fósiles de *Kotinoussa*, nombre que llevó para los griegos *Gádir*, aludiendo sin duda a los olivos ('en gr. *kótinos*). *Kalathoussa* se debió llamar Huelva. y *Ophiousses Akra* debió ser el nombre del Cabo da Roca, así como *Ophioussa* se llamó, también según los griegos, la región occidental de la Península. Esta terminación es característica de la toponimia mikrasiática en la costa que mira al Egeo (*Drymoussa*, *Lagoussai*, *Oinoussai*, *Pharmakoitsa*, etc., etc.).

Como estos topónimos van evidentemente buscando el emporio de *Tartessós* cuyo nombre tiene también una terminación típica de las costas asiáticas del Egeo (*Halikarnassós*, *Telmissós*, *Idebessós*, *Termessós*, etc) y como desaparecieron después sin dejar más rastros que su mero recuerdo, es de deducir que fueron muy antiguos y acaso anteriores a la colonización de los phókaioi, ya que tales terminaciones no aparecen ni una sola [-13→14-]

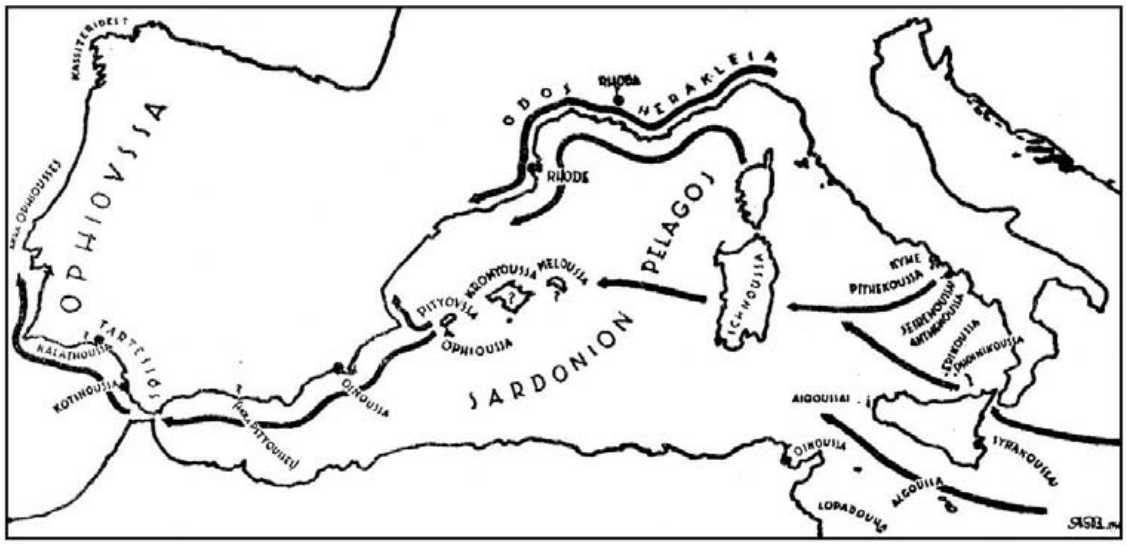

Figura 2

[-14→15-] vez en el área de expansión de los colonos focenses por las costas de Córcega, Provenza y Levante español. Como se ve por estos testimonios el punto de mira y de atracción era *Tartessós*, como lo había sido siglos antes para los fenicios de Tyro.

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Tras esta primera etapa vino otra más eficaz, que dio lugar no ya a nombres de islas y regiones sino, concretamente, a la fundación de colonias y al establecimiento de emporios comerciales. En esta nueva etapa fundacional y colonizadora, destacaron los phókaioi (foceos o focenses) que habitaban la minúscula *Phókaia*, población de pescadores y comerciantes marinos de las costas del Asia Menor jonia, al norte de *Smyrna*. Acaso ya a fines del siglo VII fundaron o ampliaron dos factorías en las costas del Sudeste de España. La de *Hemeroskopeion* (donde la actual Denia, junto al cabo de La Nao) y la de *Mainake* (unos kilómetros al Este de Málaga). *Hemeroskopeíon* era en nuestra Península el primer punto de escala para las naves que, saliendo de Sicilia o el Sur de Italia, atravesaban el Mediterráneo occidental tocando en el puente de islas constituido por Cerdeña y las tres Baleares, por lo que el origen primero de la *Hemeroskopeíon* griega es posible sea anterior a la llegada de estos mismos foceos. *Mainake*, algo alejada de *Tartessós*. sin duda por temor a su rival la colonia púnica de *Gádir*. que dominaba el Estrecho, estaba unida por un camino terrestre con el valle del Guadalquivir, camino por el que quizás negociasen el estimo tartéssico sin el riesgo de pasar ante las puertas vigiladas y dominadas por los púnicos. Más adelante, al N., en las costas de Gerona y como ampliación del foco colonial creado por los mismos phókaíoi en *Massalie* (Marsella), fundaron (probablemente hacia el 550) la colonia de *Empórion* (lat. *Emporiae*, hoy Ampurias) y reavivaron la vecina de *Rhode* (hoy Rosas), colonia muy vieja, al parecer repoblada entonces por jonios y foceos tras un primer intento de colonización hecho por los dorios de *Rhodas* (de donde el nombre le la colonia) en el siglo VIII. Otras factorías, puntos de escala o estaciones de embarque y carga de productos, debieron de ser *Molybdana*, en la región de Cartagena (su nombre proviene del gr. *molybdos*, plomo, del que tan rica es la zona del S.E.); *Hyops* y *Lebedontia*. cerca de. la desembocadura del Ebro; *Kypsela y Pyrene*, no lejos del Cabo de Creus; *Kallipolis*. por Tarragona, y algunas más. La derrota de los phókaioi en la batalla naval de *Alalie* (costa oriental de **[-15→16-]** Córcega) por etruscos y carthagineses aliados, trajo el hundimiento del malogrado mundo colonial creado por *Phókaia* en la cuenca occidental del Mediterráneo (hacia 540-35).

De esta catástrofe sólo se salvaron las colonias de *Hemeroskopeion*, *Emporion* y *Rhode*. Las demás y concretamente *Mainake*, perecieron. La misma *Tartessós*, cuyos reyes (Arganthónios) parece ser mostraban demasiada afición a los griegos en menoscabo de sus vecinos los colonos púnicos, debió perecer por entonces o al menos iniciar una rapidísima senectud y muerte. Más adelante, en los siglos V y IV, al amparo del renacimiento del mundo griego occidental (Sicilia) debieron de nacer en las costas de Alicante y como subcolonias del gran emporio focense de *Massalie* (que tras *Alalie* había heredado el papel metropolitano de *Pkókaia*), las colonias de *Alonai* o *Alonis* (donde hoy Benidorm) y *Akra Leuké* (que ha dado nombre a Alicante). Aún se cita otra colonia más de nombre desconocido. Todas ellas perduraron hasta las guerras hannibálicas (fines del siglo III), a partir de la cual entraron a formar parte del orbe romano. Es entonces cuando, al amparo de la seguridad brindada por las armas romanas, la curiosidad científica de los sabios griegos helenísticos hace blanco en España y a ella vienen personalidades como el gran historiador Polybios (hacía el año 133), el geógrafo y físico Artemídoros y el filósofo, físico, geógrafo y rhétor Poseidónios. Antes sólo habían visitado nuestra Península comerciantes y curiosos (Meidókritos, Kolaios de Samos, Euthymenes y Pinteas, ambos de Massalie, y el anónimo autor o autores que sirvieron de fuente a Avienus para su poema Ora Marítima).

De todas las colonias o factorías citadas sólo una, la de *Empórion*, ha sido identificada y excavada. Las demás permanecen ignoradas, bien por desconocerse el lugar

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

preciso de su situación, bien porque sus ruinas no han llegado a nosotros ni como tales. *Mainake* mismo, poco antes del cambio de cómputo, constituía una ruina apenas visible, según nos cuenta Strábon. La *Empórin* griega se transformó después en la romana *Emporiae*, ampliando notablemente su casco urbano. El área de la antigua colonia griega ha sido totalmente excavado (Fig. 3), pero las ruinas visibles no corresponden a la primitiva fundación del siglo VI, sino a la ciudad helenístico-romana. Se percibe bien, aparte el recinto de las murallas —que acaso sean del **[-16→17-]**

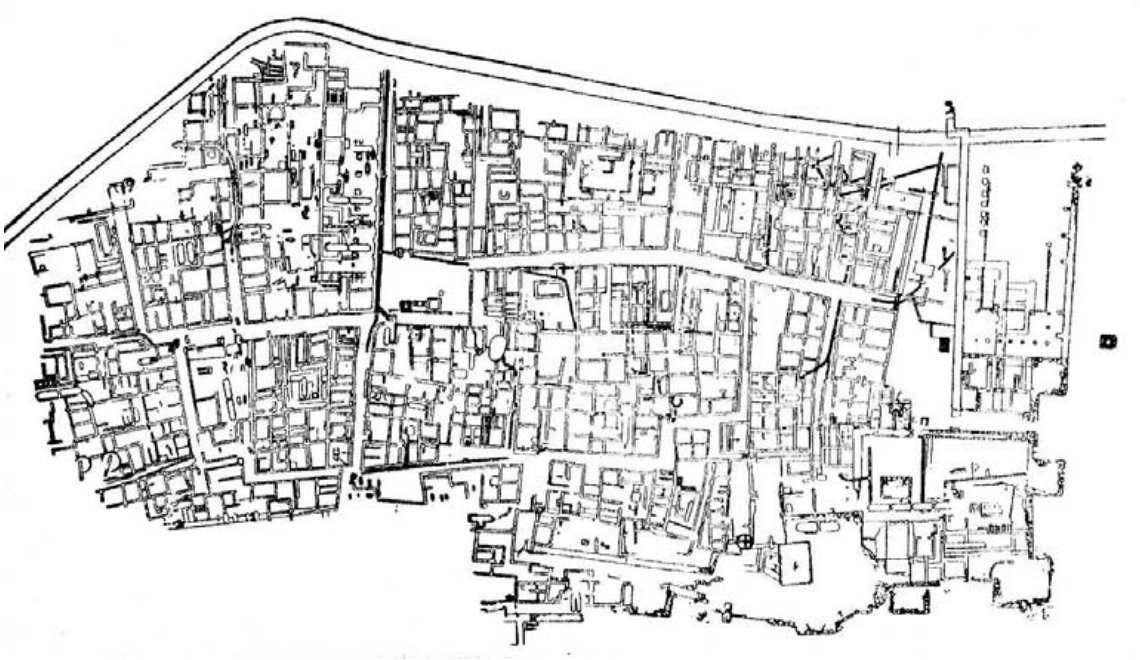

Figura 3

[-17→18-] siglo VI-V—, una calle principal, otras secundarias, el área del puerto, el ágora o plaza, y el conjunto templario. Ha dado mucho material cerámico griego que va desde las especies protocorinthia y corinthia de comienzos del siglo VI hasta las suditálicas de todas clases propias de los siglos IV y III, pasando, naturalmente, por las especies áticas de figuras negras y rojas, los vasos chalkidios. los rhodios, los vidriados de la colonia de Naúkratis, en el delta nilótico, ejemplares chipriotas y mikrasiáticos de lujo y corriente, etc., etc., para terminar con una verdadera invasión de productos suditálicos negros de la especie llamada "campaniense". De escultura es, en cambio, poco lo que ha aparecido en Ampurias. Destaca la herniosa imagen de Asklepiós, obra probablemente del siglo IV (no del V, como se ha pretendido).

Pero los hallazgos sueltos de productos griegos afectan a toda la zona costera desde los Pirineos hasta el Estrecho y a veces penetran en el interior y hasta llegan por el Atlántico hasta más arriba del Tajo. Los mapitas de las figuras 4 y 5 dan clara idea de su distribución y de la naturaleza y época de los objetos hallados. Destaca la serie de bronces, de los que he podido identificar una cincuentena. De entre ellos citemos el casco corinthio del Guadalete, cerca de Jerez, datable hacía el año 630, cuando el viaje a *Tartessós* del nauta samio Kolaíos de Samos y del rey tartessio fileleno Arganthónios. Citemos también el "toxotes" de Lluchmayor (Mallorca), datable en el primer cuarto del siglo VI y, prescindiendo de otros varios ejemplos aún arcaicos, subrayamos la hermosa figura de guerrero de Sineu (Mallorca), el oferente de San Eugenio (Mallorca), el Hypnos

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

de Jumilla (Murcia), y, entre las joyas, aparte los pendientes, broches, anillos, etc., la brachtea de Bragança (Portugal), la patera de Tivissa (Tarragona) y, sobre todo, la diadema de Jávea (Alicante). Las terracotas son también abundantes en Ampurias y muchas más en Ibiza. Estas, aunque proceden de la necrópolis púnica, son empero productos, en muchos casos "falsificados" por vaciado, de los griegos, pero en otros originales importados. La cerámica griega se ha hallado y sigue hallándole por doquier en roda la costa mediterránea, singularmente en la del S.E. (región de Alicante y Murcia). Son [-18→19-]

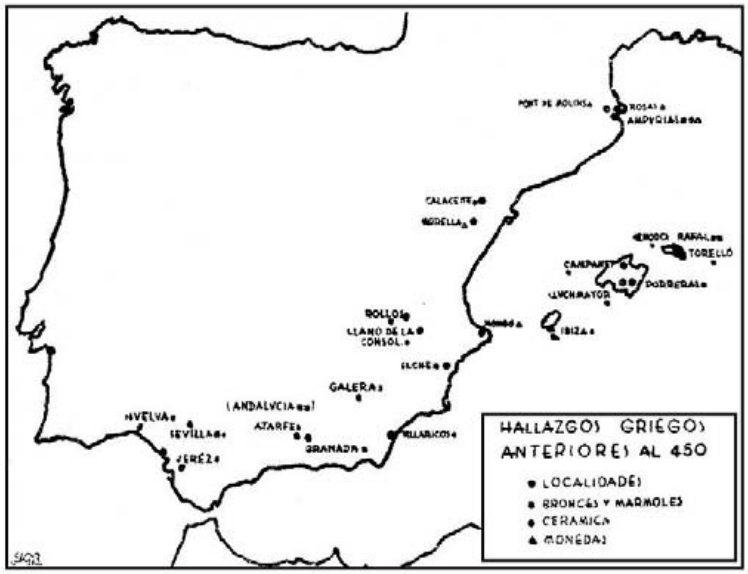

Figura 4

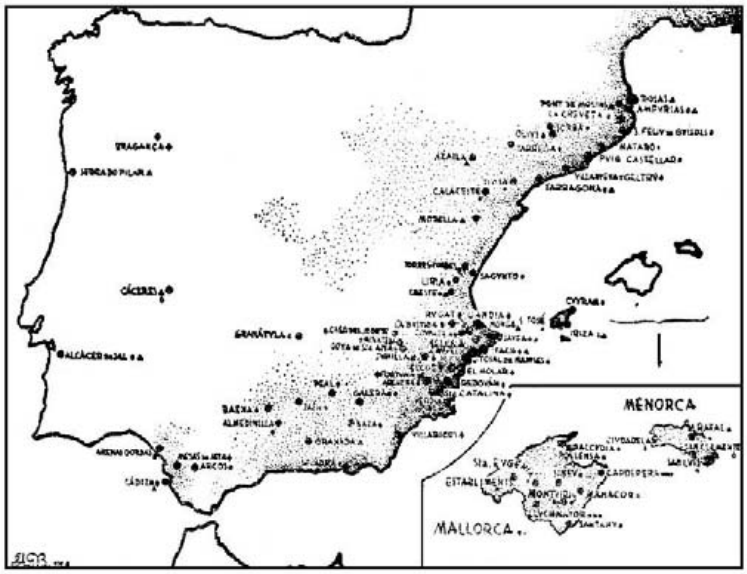

Figura 5

[-19→20-] especies del siglo V para abajo, pero no faltan algunos ejemplares aislados de figuras negras. La más abundante es la negra "campaniense", que directamente importada (a veces se trata de bellísimos ejemplares), o imitada en talleres locales, llega a enlazar casi con la cerámica aretina. Lugar destacado por su importancia sinóptica para el

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

estudio de la extensión de las relaciones de la Península con el mundo griego en general es el cuadro geográfico con la procedencia de las monedas griegas halladas en España y que damos en nuestra figura. Todos los grandes emporios comerciales griegos están representados en (fig. 6) nuestros hallazgos numismáticos. *Pantikápaion*, en Crimea, *Pkókoia*, *Téos*, *Miletos*. *Kibyra*, *Chios*, *Kameiros*, en Asia Menor; *Zoné* en la Thrakia; *Athénas*, *Argos*, *Kórinthos*, *Aitolía*, en la Grecia continental; *Apollonia*, en Illyria; *Phaistós*, en Creta; *Alexándreia*, en Egipto; *Kyrene*, en la Kyranaiké; *Kyme*, *Phistelia*, *Táras*, *Metapóntion*, *Thoúrioi*, *Hyele*, en la Magna Grecia; *Selinoús*, *Syrákoussai*, *Leontínoi*, *Messene*, en Sicilia, y de *Massalie* (abundantes), en la Provenza. Como se ve no queda emporio importante del mundo griego sin que esté convenientemente representado, a veces con varios ejemplares y de distintas épocas, en nuestros monetarios. Por su cronología abarcan desde los más primitivos ejemplos griegos orientales de los siglo VII-VI hasta la época helenística, abundando los ejemplares correspondientes a los siglos V y IV. Grecia Propia, Sicilia y Magna Grecia son lar regiones mejor representadas.

El género especial del comercio griego en la Península ibérica, la lejanía de las colonias con respecto a sus metrópolis y a los focos más importantes de la cultura griega, sin contar las constantes rivalidades sostenidas con los otros pueblos del Occidente del Mediterráneo, principalmente con carthagineses y etruscos, dieron a los establecimientos griegos de España un carácter particular que los diferencia mucho de sus hermanos de Italia y el Pontos. Propiamente hablando estas colonias no deben tenerse como verdaderamente tales, pues ello parece dar a entender la existencia de un núcleo numeroso de elementos griegos, con un régimen de vida complejo e independiente del exterior, con una autonomía económica casi autárquica, con una agricultura y una industria propias, etc., como eran las verdaderas colonias griegas de Sicilia y Magna Grecia. Al comerciante que de tarde en tarde llegase a las remotas colonias del Occidente **[-20→21-]**

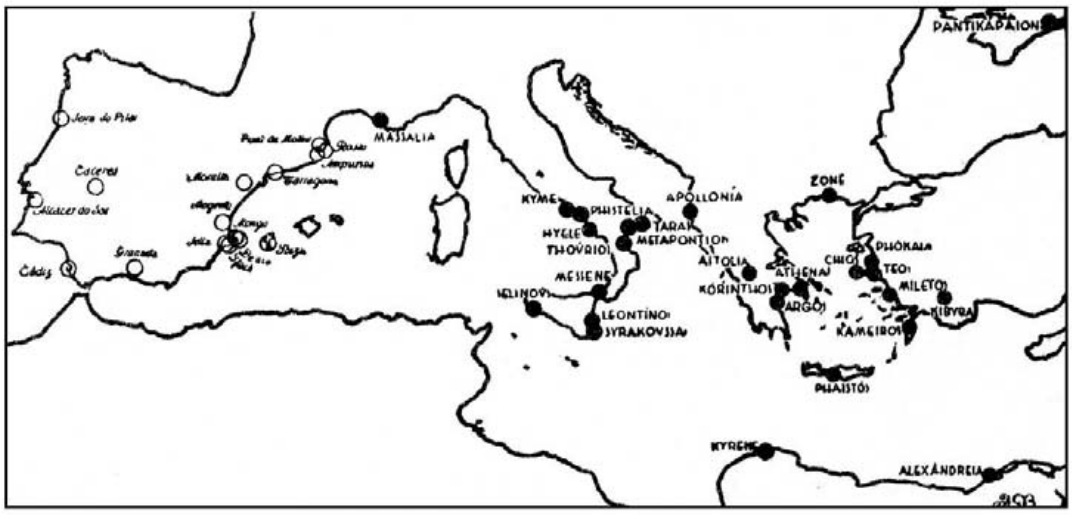

Figura 6

[-20→21-] interesábale la adquisición de riquezas minerales, las cuales compensaban la lejanía del trayecto. Los productos agrícolas de estos lejanos rincones del mundo no podían competir con los del Sur de Italia ni con los del Pontos. Por ello faltaba en las colonias griegas de la Península Ibérica la base firme para un desarrollo comercial de altos vuelos; los establecimientos de España, en consecuencia, no pasaron de ser unos empo-

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

rios comerciales de compra o de mero intercambio. No es una casualidad que la colonia más importante de España, *Empórion*, se llamase así. Por otra parte, sus ruinas demuestran que en la época de su mayor desarrollo no pasaba de ser un núcleo urbano pequeño y reducido a los estrechísimos límites de una ciudad de tan sólo 30 hectáreas de superficie y que formaba un barrio incluido dentro de la ciudad ibérica de *Indike*, de la que estaba separada por un recinto amurallado conocido por las excavaciones y puntualmente descrito por Livius XXXIV 9 ss. El mismo texto de Livio, donde se hace una somera descripción de la vida en la colonia, demuestra que ésta transcurría precariamente, con el ánimo siempre en vilo, temiendo una súbita acometida de los indígenas. Su vida estaba orientada al mar y de él vivía y sólo en él se sentían los colonos libres y dueños de sus destinos. El trato con los indígenas era receloso y reducido al mínimo. No tenían tierras de cultivo; no poseían más que el suelo que pisaban dentro del recinto acotado por las murallas.

Si esto fue así en *Empórion*, ciudad que acuñó moneda desde muy temprano, y que se hallaba libre de la amenaza púnica y muy cercana a *Massalie*, ¿qué hemos de suponer para las colonias, más alejadas y pobres, de *Maináke*, *Hemeroskopeion*, *Alonís* o *Akra Leuké*? A nuestro juicio fueron factorías que no llegaron a desarrollarse debidamente. Ni siquiera acuñaron moneda en sus momentos de más seguridad (siglos V y IV). No se pueden comparar con las grandes colonias del S. de Italia, Sicilia, el Ponto, la Cirenaica, la Thrakia. Estas vivían de sí mismas y de su comercio, de sus productos agrícolas y de sus exportaciones. En una palabra, fueron colonias agrícolas, fase a la cual no llegaron, al parecer, las colonias griegas de España. Estas debemos, pues, figurárnoslas como puntos de escala, puestos pesqueros con una rudimentaria industria de salazón, centros de reparación y avituallamiento y, ocasionalmente, con más o menos regularidad, como puertos de embarque de **[-22→23-]** los productos mineros del interior y, en casos, de vegetales o animales más bien útiles que alimenticios, tales como el esparto para cordajes, la cochinilla para tintes, la púrpura extraída del murex, etc. Eran, pues, más que colonias, *emporio*, nombre que llevó —ya lo recordamos antes— Ampurias precisamente.

En estos *emporia* habitarían aventureros y explotadores, astutos negociantes, intermediarios, pescadores, conserveros, etc. Los escasísimos y vagos testimonios llegados hasta nuestros días acerca de estas colonias no deben achacarse a una pérdida fortuita de textos, sino a la escasa importancia relativa de estos emporios dentro del cuadro general de del gran movimiento colonizador griego. Strabon tuvo ante sus ojos buenas fuentes para la Península Ibérica, todas o casi todas oriundas de escritores de aguda vista y de gran erudición (Polybios, Artemídoros, Poseidónios), que por añadidura estuvieron en España, en algún caso, como el de Asklepiades de Myrleía, largo tiempo. Y, sin embargo, ¿qué espacio dedica a hablarnos de *Rhode*, de *Empórion*. de *Hemeroskopeíon*, de *Maináke*? Casi nada. De *Alonís* y *Akra Leuké* ni siquiera se molesta en dar sus nombres. Limítase a aludir numéricamente a tres colonias vecinas del Cabo de la Nao, para citar sólo una, la de *Hemeroskopeíon*, y ello porque le lleva la necesidad de mencionarla por causa de Sertorius. Al llegar a este punto conviene hacer una comparación tan obligada como útil. Las colonizaciones de griegos y púnicos actuaron —ya lo hemos visto— débilmente y eso sólo en la zona costera. Si los carthagineses en sus guerras con Roma llegaron a penetrar hasta lo más hondo del territorio peninsular ello fue en son de guerra y con duración escasa, de un par de lustros tan sólo. Iban a reclutar, de grado o por fuerza, hombres para llevarlos a Italia. Dado el carácter de este dominio y del breve tiempo que se ejerció, es lógico deducir que sus influjos culturales debieron ser nulos o casi nulos. Por el contrario, la llegada de los romanos, sus rápidas conquistas, el mantenimiento de

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

sus ejércitos de ocupación en toda la Península, los matrimonios mixtos, el establecimiento de colonias de veteranos, las activas relaciones que al punto se desarrollaron entre España e Italia, la imposición de paz entre las tribus indígenas antes siempre en permanente guerra, la promulgación de leyes, el fomento de la agricultura y de la instrucción, el uso **[-23→24-]** de la lengua y del alfabeto latinos, la apertura de caminos por toda la Península, el comercio de exportación e importación, todo ello unido al carácter permanente y total de la conquista, dio frutos incomparablemente más abundantes que los que pudieron dar en sus días las tímidas y míseras colonias griegas, o las factorías púnicas de la costa. Esta sola comparación es suficiente para ponderar y sopesar el carácter e intensidad de las llamadas colonizaciones de griegos y púnicos, Y no se aluda al tiempo, pues en Andalucía, dos siglos después de iniciada la conquista romana ya había desaparecido del uso corriente el idioma indígena.

Nada sabemos de la influencia que en la religión, en el pensamiento, en la literatura indígenas pudieron ejercer la población púnica y griega que vivió en España. Pero afortunadamente algo puede decirse del arte plástico y hasta arquitectónico. Donde más claro aparece es en la escultura. Hoy podemos afirmar que hubo un arte griego provincial en España, obra probable de griegos, y que hubo también un arte indígena helenizante, obra segura de nativos. Este ultimó no compete al título del folleto. En cambio, cae dentro de él el que hemos llamado arte provincial griego. Como testimonios de tal arte hemos de citar la esfinge de Agost (Alicante), la cabeza de grifo de Redován (Alicante) y la testa femenina (oriunda también del S.E.). Es interesante advertir que estos ejemplos y algunos más de menor importancia están hechos en piedra del país, por tanto, que son productos hechos en él; que todos son de arte arcaico datable hacia la segunda mitad del siglo VI y que todos proceden de una misma región, la del S.E. Ampurias no ha dado más que esculturas importadas, pero no productos artísticos fabricados en la misma colonia.

© Herederos de Antonio García y Bellido
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia